

Las jerarquías de la calle

Antonio J. Carmona

Los sábados eran de beisbolito. Jugábamos con una pelota pequeña de caucho a la que golpeábamos contra la pared y el adversario la atrapaba. Las pelotas tomaban curvas y aceleraciones al picar en el suelo, cambiaban de dirección y velocidad y las atrapábamos sin mirarlas, de lo contrario, luego de tres fallas, se salía eliminado.

También jugábamos microfútbol de calle con un balón pequeño y pesado, sin arcos, solo con piedras o ladrillos simulando la portería y con tres integrantes como mucho en cada equipo. Había una jerarquía por ser buenos jugadores, por ser ágiles, por ser fuertes, por ser hábiles con la bola de caucho, y una jerarquía por ser contundentes con el puño a la hora de pelear. Era la forma de pasar el sábado desde tempranas horas, solo interrumpidos por el almuerzo y el llamado a la comida de la tarde.

Éramos conscientes de que algunos se quedaban sin comer, porque no había nada para cocinar en sus casas. En la esquina había un bonito edificio y Manuel, hijo de padres ricos, egoísta e intolerante al máximo, regalaba su comida solo porque así podía jugar más tiempo.

Estábamos en la explosión de la pubertad, vivíamos en la peor calle de Cartagena, mojada siempre con aguas negras, en casas destartaladas. A menudo pasaba la patrulla de la policía y automáticamente corríamos a escondernos. Alguna vez se llevaron a Bernabé, el más grande de todos, cuando regresó, exhibía una gran jerarquía.

Las jovencitas del barrio empezaron a frecuentar nuestra calle, escogían al más fornido o al más bonito de nuestro grupo y se lo llevaban como enamorado a besuquearse en las garitas de las murallas. Ellas establecieron otra jerarquía, en esa estaba yo de penúltimo en la manada.

Los domingos el tiempo transcurría lento, se sentía el calor en aquella selva de cemento. Después del mediodía, los curas nos invitaron al colegio tecnológico que había en la mitad de la calle para limpiar el patio. Como premio nos dejaban bajar mangos y mamones de los árboles y jugar en las canchas de microfútbol o de baloncesto, a lo que se nos sumaban los

seminaristas y los curas jóvenes. En el patio del colegio, los frutales daban sombra a las canchas y se sentía otra temperatura, el día allí transcurría más calmado.

A veces los curas preferían llevarnos a las salas a jugar parqués y era cuando nos manoseaban. Sentíamos sus inclinaciones cuando nos invitaban adentro a ver televisión, a los juegos de mesa, allí sabíamos que algunos tendrían que sacrificarse por los demás, permanecíamos unidos y eso nos protegía de mayores perversiones. Los curas establecieron otra jerarquía, preferían a los que tenían vello púbico o los genitales más grandes. A veces se notaba la excitación de algún compañero al que manoseaban por debajo de la mesa y que no podía disimular el orgasmo de la masturbación sacerdotal.

Después de eso, los curas repartían galletas de soda con mantequilla para todos y comíamos a nuestro antojo hasta que finalmente se aburrían y nos echaban. Algunas veces sacaban los exámenes o los trabajos de los alumnos y los calificábamos según el patrón de respuestas. En esas ocasiones nos dejaban solos en la sala de trabajo hasta completar las revisiones y sentíamos que nos ganábamos justamente la comida.

Con el tiempo, supimos dónde guardaban las provisiones y saqueábamos la despensa. Una tarde, el cura de más antigüedad vino a la sala y nos invitó al sótano a revisar unos archivadores. Esa vez estábamos solo cuatro y nos fuimos con él. Cuando abrió la puerta del sótano salieron tres ratones, uno tras otro. Se quedó mirándonos y nos dijo que trajéramos unas galletas que estaban en una bolsa roja en la despensa para ponerles un sebo.

Los de atrás no lo escucharon, me lo dijo a mí, y le pregunté con voz temblorosa:—¿Cuáles galletas? ¿Qué tienen esas galletas?

—Las de la despensa —me dijo —, tienen veneno de ratas.

Mis tres compañeros habían escuchado perfectamente y estaban frente a él, temblando. Miguel, el menor, empezó a llorar asustado porque sentía malestar. Yo pensé en mis padres, a cinco horas de distancia, no llegarían a tiempo a mi muerte. Bernabé, el más espigado, agarró al cura por el brazo con brusquedad, tratando de encontrarle otra verdad.

—Abra la puerta, déjenos ir. Debemos llegar a nuestras casas. Nos comimos todas las galletas.

—¿Todas? —preguntó el cura —¡Ya voy por leche, para que tomen y traten de vomitar!

Calentó un poco la leche para tomarla, debíamos hacerlo rápido y hacer arcadas para tratar de vomitar. Todos tomamos, pero ninguno vomitó.

El teléfono del pasillo principal era público. El cura llamó al hospital, a la policía y pronto sonaron sirenas que frenaron frente al colegio. Yo quería llamar a mi madre al pueblo, pero no sabía cómo hacerlo. Me acordé de unos amigos vecinos a los que solía visitar los fines de semana y que tenían teléfono, los llamé y les dije que estaba envenenado, que me llevarían al hospital del centro de la ciudad, que le dijeran a mi madre, que no quería morir solo.

Bernabé se desmayó, lo llevaron en la primera ambulancia. Era el que más había comido y sangraba por la nariz, por la boca y por detrás. Lo subieron a cuidados intensivos y murió por sangrado interno. A los demás nos llevaron al hospital, juntos, en una segunda ambulancia. Nos pusieron sueros y nos dieron a tomar una bebida oscura que nos puso a vomitar. Hicieron exámenes y Miguel fue trasladado a otra sección, supimos al día siguiente que había perdido un riñón.

Desperté sintiendo un pinchazo en el muslo y me asusté cuando vi a mis padres que habían llegado desde el pueblo y me acompañaban en el cuarto del hospital. Después de un día internado me dieron de alta sin problemas.

Llegué a la casa de pensión y supe que Ambrosio permanecía hospitalizado con daño en el hígado y Miguel estaba a punto de perder el segundo riñón. En la casa de enfrente velaban a Bernabé, en silencio, como a los pobres, mientras en el barrio se hablaba de una nueva jerarquía, la mía, la del campeón de la resistencia, al que no lo mataba ni el veneno de las ratas.